



Review

Author(s): Walter Bruno Berg

Review by: Walter Bruno Berg

Source: *Iberoamericana* (2001-), Nueva época, Año 1, No. 4 (Diciembre de 2001), pp. 263-266

Published by: [Iberoamericana Editorial Vervuert](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/41672779>

Accessed: 12-01-2016 12:14 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Iberoamericana Editorial Vervuert is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Iberoamericana* (2001-).

<http://www.jstor.org>

llegó en 1808 y pocos años después se inician las guerras emancipadoras, de donde nace el gran sueño panamericano de Bolívar que aún hoy sigue siendo motivo de encendidas discusiones. El resto del siglo XIX fue el de las guerras federales, batallas y pseudo-revoluciones signadas por la sustitución sucesiva de los gobernantes. El siglo XX inicia con el reventón del primer pozo petrolero (1914) y la imposición por más de treinta años de uno de los tiranos más crueles de América: Juan Vicente Gómez. A partir de la muerte de Gómez se abre un período democrático que se interrumpirá con la llegada de otro dictador: Marcos Pérez Jiménez, cuya muerte en 1958 abre definitivamente las puertas a una gran cantidad de grupos y manifestaciones literarias y artísticas que ocuparon rápida y a veces agresivamente la escena pública bajo los fervores y la resonancia de la revolución cubana y las lecturas de Sartre. A partir de aquí —y esto lo observa Luis Britto García con agudeza— ocurre la caída de los tres proyectos modernizadores de la nación venezolana: “el revolucionario marxista de la izquierda, el populista de colaboración de clases y el neoliberal promovido por el gobierno de acuerdo a las instrucciones del Fondo Monetario Internacional” (p. 37). La caída de estos proyectos deja al ciudadano venezolano de hoy sin asideros ni respuestas, quizás incluso sin preguntas. La literatura da cuenta de estas etapas (ocurridas en menos de cuarenta años). A la etapa de la lucha armada revolucionaria corresponde una llamada literatura de la violencia, donde destacan Argenis Rodríguez, Adriano González León, y gran parte del grupo de *El techo de la ballena*; a la etapa populista (que coincide con la legendaria bonanza petrolera) corresponde una literatura experimental, aparentemente comunicativa y replegada hacia sus propios logros, pero también nace la nueva novela histórica venezolana capitaneada por Denzil Rome-

ro; y por último, a la etapa neoliberal corresponde una crispación, una pérdida de toda brújula que dará como resultado el signo de la heterogeneidad y también la consolidación de uno de los fenómenos literarios más interesantes de la Venezuela contemporánea: la literatura escrita por mujeres.

Los trabajos que aparecen en *Literatura venezolana hoy. Historia nacional y presente urbano* hablan de estos temas desde perspectivas diferentes: narrativa, poesía, teatro. También se incluyen, en el capítulo “Voces de reflexión”, los ensayos destinados al pensamiento de la escritura propia y la confesión de los mecanismos empleados —a Denzil Romero, Ednodio Quintero, Estefanía Mosca y Cristina Policastro les corresponde este aparte—. No cabe duda de que estamos en presencia de una herramienta inmensamente útil para la comprensión de la realidad venezolana y su literatura. Si la cultura de un pueblo es lo que éste hace, reflexiona e imagina, este libro nos ayudará a seguir la pista más de cerca al universo literario venezolano, doblemente interesante por la alta calidad de un buen número de sus obras y por la actitud invariablemente autocrítica, exigente y nada complaciente que revelan muchos de sus escritores. Esto, en una época en que las leyes del *best seller*, el “todo vale” y la ramplonería estética parecen imponerse, es algo a tomar en cuenta y reconocer.

Gustavo Valle

Isabelle Tauzin Castellanos: *Las “Tradiciones Peruanas” de Ricardo Palma. Claves de una coherencia*. Lima: Universidad Ricardo Palma 1999. 234 páginas.

“Este trabajo procura llenar los vacíos a los que nos hemos enfrentado al consul-

tar la bibliografía palmista más reciente” (p. 13), dice la autora al principio de su libro. “Llenar los vacíos” es una buena consigna de toda crítica digna de ese nombre. Sin embargo, parece que no siempre es fácil —ni en el campo de la naturaleza ni en el de la cultura— determinar con seguridad qué está lleno y qué vacío. En cuanto a la crítica palmista, el vacío al que se refiere la autora consiste en la preponderancia del interés biográfico. Por eso, mientras “los críticos” hasta ahora “han optado por estudiar la figura de Ricardo Palma en desmedro de la obra”, Isabelle Tauzin Castellanos se propone “volver a los textos, a las *Tradiciones Peruanas*” (ibíd.). Noble propósito que se realiza por cuatro caminos diferentes. El primero es histórico: se estudia la génesis de las *Tradiciones* según pautas preponderantemente histórico-biográficas. El segundo es sistemático: a fin de determinar la “estructura” de la *tradicción*, se analizan tres rasgos característicos del nuevo género, a saber, su estructura narrativa —en especial la función del narrador—, el famoso “párrafo histórico” y por último la función otorgada en las *Tradiciones* a “lo fantástico”. El tercer camino es temático: se estudia “la representación de la independencia”, tema clave en un autor que debe toda su reputación a su predilección por la Colonia, pero que al mismo tiempo siempre se ha mantenido fiel —si se sigue el famoso juicio de Mariátegui— “a la ideología liberal de la independencia”¹. El cuarto es contextual: se estudia la vasta escuela de seguidores que ha encontrado Palma en muchos países latinoamericanos.

El libro se presenta, pues, como un esfuerzo de hacer una síntesis de la obra

de Palma; síntesis, sin embargo, que en el fondo sigue el viejo esquema positivista *l'homme et l'œuvre*. En efecto, en vez de un resumen detallado del estado actual de la crítica palmista —que el lector está esperando después de la breve polémica contra la pretendida preponderancia del interés biográfico que inicia el libro—, la propia autora no hace sino presentar en la extensa “primera parte” vida y obra de Palma según el consabido orden cronológico, a saber, biográfico. Parece ser el orden *natural* de las cosas, o sea, la “historia de las series de *Tradiciones*”. Sigue la “segunda parte” del libro, que se dedica —explícita y exclusivamente— a la *obra*, escogiéndose esta vez un título algo pretencioso, a saber, “Las señas de identidad de las *Tradiciones*”. ¿Cuáles son éstas? Ya lo hemos dicho antes: en primer lugar, el manejo especial del narrador (cap. I), el “párrafo histórico” (cap. II) y la temática de “lo fantástico” (cap. III). Ahora bien, lo que se reconstruye en estos tres capítulos vendría siendo algo así como la identidad de un nuevo género literario. Se trata, sin lugar a dudas, de los capítulos más importantes del libro, donde la autora consigue elaborar efectivamente, aunque en un terreno más bien limitado, las “claves de una coherencia” a las cuales se refiere el subtítulo del libro. Al llegar a los capítulos siguientes —cap. IV: “La representación de la independencia”; cap. V: “La escuela de la *Tradicción*”—, el lector no deja de constatar, sin embargo, que se está enfrentando a un nuevo tipo de “identidad”: en el primer caso, a la identidad del pretendido conservadurismo de Palma, paradigmáticamente debatido en el ya clásico artículo de Mariátegui; en el segundo, una vez más a la problemática genérica de la *Tradicción*, que se presenta, en efecto, en tanto que fenómeno de recepción.

Volvamos ahora a los “vacíos” que el libro pretende llenar. En primer lugar, lo

¹ José Carlos Mariátegui: “Ricardo Palma, Lima y la Colonia”. En: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta ¹³1968, p. 197.

que nos parece importante es el hecho de que, si hay “vacíos” en la crítica palmista, éstos ya no son debidos a un exceso de interés biográfico. Así, las conclusiones que se imponen a raíz de la lectura de otra obra de síntesis –la edición Archivos de las *Tradiciones*, coordinada por Julio Ortega (mencionada en la primera nota del presente libro)– son de índole muy diferente. No son tanto “vacíos” cuanto expectativas o delineamientos de una crítica palmista del futuro que se esbozan en los trabajos reunidos por Ortega. De estas expectativas, hay que mencionar por lo menos tres.

Primero: lo que hace falta siempre es una edición crítica de las *Tradiciones*, comportando las variantes más importantes desde el punto de vista genético. Segundo: se impone con urgencia una nueva apreciación de los procedimientos estéticos de las *Tradiciones*, a fin de determinar con mayor precisión tanto la semejanza como la diferencia de la escritura palmista frente a los procedimientos y las metas de la historiografía profesional. Tercero: es cierto que el nuevo interés por los asuntos de la “cultura” manifiesto en las Ciencias Sociales desde hace tiempo, no deja de arrojar también una nueva luz sobre la importancia, si no la actualidad, de las *Tradiciones*². Veamos brevemente cómo se coloca el presente estudio frente a estas exigencias.

En lo que se refiere –primero– a una edición crítica de las *Tradiciones*, no cabe duda de que Isabelle Tauzin Castellanos sería la persona adecuada para la realización de tal proyecto. Es, sobre todo, en la

primera parte de su libro (“Historia de las series de *Tradiciones*”) donde da muestras de su conocimiento soberano del texto de las *Tradiciones*.

En cuanto al segundo punto, es evidente el gran interés estético que despiertan los análisis presentados en la segunda parte de libro. Así, la descripción de la figura polifacética del narrador constituye una de las más logradas del estudio: “Malabarista o camaléon, el narrador palmista pretende a la vez ser cuentista e historiador, transcriptor y testigo. Proteico, lo sabe todo en algunos casos y en otros sabe muy poco. [...] Liberándose el escritor del dialogismo inherente a la escritura dramática, evidente en las primeras tradiciones, ha pasado por la práctica del punto de vista omnisciente, recurso típico del narrador realista, y ha conseguido los mayores logros con la oralización del relato, es decir conciliando mimesis y diégesis. Pese al siglo transcurrido, dicho narrador polifacético deslumbra todavía al lector que, aunque tratado como amigo y cómplice, a menudo es incapaz de distinguir la verdad de la mentira” (p. 113).

Con todo, si la descripción es pertinente, la autora se abstiene en última instancia de sacar las conclusiones impuestas por sus propias observaciones, es decir, la puesta en relación sistemática de escritura estética e historiográfica. ¿Cuál es la función de un narrador, que, al confundir intencionalmente “verdad” y “mentira”, pretende ser al mismo tiempo “historiador”? Así pues, la balanza entre verdad historiográfica y mentira literaria que en el capítulo I parece estar en equilibrio, en el capítulo IV, dedicado a “La representación de la independencia”, decididamente se inclina hacia la primera: en efecto, la autora vuelve a los tópicos de este realismo historicista a medio camino entre el psicologismo y el biografismo tan característicos de la crítica palmista tradicional:

² Véase al respecto Julio Ortega: “Las *Tradiciones peruanas* y el proceso cultural del XIX hispanoamericano”. En: Ricardo Palma: *Tradiciones peruanas*. Edición crítica. Julio Ortega, coord. Madrid: Colección Archivos 1993, pp. 409-438.

“Al fin y al cabo es una minoración de la Historia la que operan las tradiciones para el período de la Independencia así como era el caso para el Virreinato. La poca diferencia de trato puede interpretarse como el fruto de un desengaño palmista, muy diferente de la ilusión romántica en la lectura de los mismos sucesos, allá por los años cincuenta” (p. 197).

También nuestro tercer punto, la interpretación de las *Tradiciones* desde la perspectiva explícita de las Ciencias de la Cultura, está presente en la argumentación, si bien, eso sí, el concepto se echa de menos en el libro. Veamos, a este respecto, el capítulo III de la segunda parte, dedicado a “lo fantástico”. Son cosas altamente heterogéneas que se mezclan en el capítulo. La temática va de E.T.A. Hoffmann y E.A. Poe, de los “orígenes y trayectoria de la literatura fantástica en el Río de la Plata” [!] (p. 141), del estudio clásico de Todorov concerniente a lo fantástico (nota 391), pasando por “la imaginación popular” (pp. 143ss.), “las almas en pena” (pp. 147ss.), “la herencia de las crónicas religiosas” (pp. 154ss.), hasta temas como “lo maravilloso cristiano” (pp. 158ss.) y “el diablo y lo diabólico” (pp. 160ss.). Ahora bien, no cabe duda de que la distinción entre lo fantástico –fenómeno propio del mundo moderno regido por las leyes de la razón– y lo maravilloso –fenómeno propio del mundo pre-moderno, en especial de la era cristiana propiamente dicha, o sea, del medioevo–, desde los estudios histórico-antropológicos de Roger Caillois, pertenece al abecedario de las Ciencias de la Cultura. A la autora, por su parte, no le preocupa la distinción. Lo mismo podría decirse de Ricardo Palma. Veamos, por ejemplo, la temática de las “almas en pena”: si bien es cierto que proviene de “la imaginación popular” y que, además, pertenece al área de lo maravilloso (cristiano), la conciencia masónica del autor

de las *Tradiciones* se toma el derecho de *no creer* en ellas. Por eso, lo que a nivel de enunciado debería clasificarse como “maravilloso”, a nivel de enunciación –que es el de la escritura de las *Tradiciones*– se transforma, irremediablemente, en “fantástico”. Por consiguiente, el paso de lo “maravilloso cristiano” al discurso “fantástico” propio de las *Tradiciones* no es sino otro nombre para designar una perspectiva equivalente a aquella que llamamos “Ciencia de la Cultura”. Con acierto, pues, comenta la autora: “Las tradiciones maravillosas de Palma no tienden en absoluto a desempeñar un papel proselitista; se trata de recuperar tanto el pasado histórico como el pasado mítico para asentar la identidad cultural nacional” (pp. 159ss.).

Para terminar: se diría que el estudio de Isabelle Tauzin es parecido a la *Tradición*. Como ésta, tiene dos caras: una, vuelta al pasado; otra, vuelta al futuro. Amplio retrato del más grande escritor peruano del siglo XIX, el estudio decididamente se pone al servicio de la *historia* (de la literatura). Por otra parte, leerlo al revés –lo que en parte hemos intentado–, permite descubrir también los rasgos de un autor de *nuestro* tiempo. El retrato explícito de *este* Ricardo Palma, sin embargo, todavía está por hacerse.

Walter Bruno Berg

Horacio González: *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Colihue 1999. 435 páginas.

¿Cómo desacordar con un texto excepcional? Empresa polémica que a los académicos de oficio nos enfrenta con un problema singular, y es ahí, justamente, don-